

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXIX. De la famosa aventura del barco encantado.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659

bien, yo te perdono, con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures enfanchar el corazón, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió, que si haría, aunque fuese fuerças de flaqueza. Con esto se metieron en la Alameda, y Don Quixote se acomodò al pie de un olmo, y Sancho al de una haya (que estos tales arboles, y otros sus semejantes, siempre tienen pies, y no manos.) Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo esto diéron los ojos al sueño; y al salir del Alva siguiéron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

C A P I T U L O XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

POR sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al Rio Ebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote, porque contemplò, y mirò en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista, renovò en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fue, y vino en lo que avia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le avia dicho, que parte de aquellas cosas eran verdad,

dàd, y parte mentira ; El se atenia mas à las verdaderas, que à las mentirosas, bien al revès de Sancho, que todas las tenia por la mesma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreciò à la vista un pequeño barco sin remos, ni otras Jarcias algunas, que estava atado en la orilla à un tronco de un arbol, que en la ribera estava. Mirò Don Quixote à todas partes, y no viò persona alguna ; y luego sin mas ni mas se apeò de Rozinante, y mandò à Sancho, que lo mesmo hizièsse del Ruzio, y que à entrambas bestias las atàsse muy bien juntas al tronco de un alamo, ó sauce, que allí estava. Preguntòle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamiento ? Respondiò Don Quixote : Has de saber, Sancho, que este barco que aqui està, derechamente, y sin podèr sèr otra cosa en contrario, me està llamando, y combidando à que entre en èl, y vàya en èl à dár socorro à algun Cavallero, ó à otra necesitada, y principal persona, que deve de estàr puesta en alguna grande cuyta, porque este es estilo de los libros de las historias cavallerescas, y de los encantadores, que en ellas se entremèten y platican, quando algun Cavallero està puesto en algun trabajo, que no puede sèr librado del, fino por la mano de otro Cavallero : Y puesto que estèn distantes el uno del otro dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatàn en una nube, ó le deparàn un barco donde entre, y en menos de un abrir, y cerrar de ojos, le llevan ó por los ayres, ó por la mar, donde quièren, y adonde es menester su ayuda. Assi que, Sancho, este barco està puesto aqui para el mesmo efecto ; y esto es tan verdad, como es aora de dia, y antes que este se passè, àta juntos al Ruzio,



zio, y à Rozinante, y à la mano de Dios que nos guie, que no dexarè de embarcarme, si me lo pidièssen Frayles descalços. Pues assi es, respondiò Sancho, y vueſſa merced quiere dar à cada paſſo en eſtos, que no sè ſi los llame diſparates, no ay fino obedecèr, y baxàr la cabeça, atendièndo al Refran: *Haz lo que tu amo te manda, y ſientate con el à la meſa.* Pero con todo eſto, por lo que toca al deſcàrgo de mi conciencia, quiero advertir à vueſſa merced, que à mi me parece, que eſte tal barco no es de los encantados, fino de algunos peſcadòres deſte Rio, porque en èl ſe peſcan las mejores ſabògas del mundo.

ESTO dezìa mientras atàva las beſtias Sancho, dexàndolas à la protecion, y ampàro de los encantadòres con harto dolor de ſu anima. Don Quixote le dixo, que no tuvièſſe pena del deſampàro de aquellos animales, que el que los llevarìa à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendrìa cuenta de ſuſtentàrlos. No entièndo eſto de Logicuos, dixo Sancho, ni he oydo tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondiò Don Quixote, quiere dezir, apartados; y no es maravilla, que no lo entièdas, que no eſtàs tu obligado à ſabèr Latin, como algunos que preſumen, que lo ſaben, y lo ignòran. Ya eſtàn atados, replicò Sancho: Que hèmòs de hazèr aora? Que? respondiò Don Quixote, ſantiguàrnos, y levàr ferro, quiere dezir, embarcàrnos, y cortàr la amarra con que eſte barco eſtà atado; y dando un Salto en èl, figuièndole Sancho, cortò el cordel, y el barco ſe fuè apartàndo poco à poco de la ribèra, y quando Sancho ſe viò obra de dos varas dentro del Rio, començò à temblàr, temièndo ſu per-

perdicion; pero ninguna cosa le diò mas pena, que el oyr roznàr al Rùzio, y el vèr que Rozinante pugnàva por defatàrse: Y dixo à su Señor: El Ruzio rebùzna condolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura ponèrse en libertad, para arrojàrse tras nosotros. O carísimos amigos! quedàos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva à vuestra presencia; y en esto començò à lloràr tan amargamente, que Don Quixote mohino, y colèrico, le dixo: De que temes, covarde criatura? De que lloras, coraçon de mantequillas? Quièn te persigue, ó quièn te acòsa, animo de raton casèro? O que te falta, menesteròso, en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vas caminando à pie, y descalço por las montañas Rifeas? fino sentàdo en una tabla como un Archiduque por el sesgo curso deste agradable Rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya avèmos de avèr salido, y caminando por lo menos setecientas, ó ochocientas leguas; y si yo tuvièra aquí un Astrolabio con que tomàr la altura del polo, yo te dixèra las que hèmòs caminado; aunque, ó yo sè poco, ó yà hèmòs pasàdo, ó pasaremos presto por la Linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando lleguèmos à essa Leña, que vuestra merced dize, preguntò Sancho, quanto avrèmos caminado? Mucho, respondiò Don Quixote, porque de trecentos, y sesenta grados, que contiene el Globo del agua, y de la tierra, segun el còmputo de Ptolomeo, que fuè el mayor Cosmògrafo que se sabe, la mitad avrèmos caminado, llegando à la Linea, que hè dicho. Por Dios, dixo Sancho,

Sancho, que vueſſa mercèd me tràe por teſtigo de lo que dize à una gentil perſona, Pùto, y Gafo, con la añadidura de Meon, ô Meo, ô no sè como. Riòſe Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nombre, y al còmputo, y cuenta del Coſmògrafo Ptolomeo, y dixole: Sabràs, Sancho, que los Eſpañoles, y los que ſe embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las ſeñales que tienen para entendèr, que hân paſàdo la Linea Equinocial, que te hè dicho, es, que à todos los que van en el Navio ſe les mueren los piojos, ſin que les quede ninguno, ni en todo el Vaxel le hallaràn, ſi le peſan à oro; y aſſi puedes, Sancho paſſear una mano por un muſlo, y ſi toparès coſa viva, faldrèmos deſta duda, y fino, paſàdo avèmos. Yo no creò nada deſſo, reſpondiò Sancho, pero con todo harè lo que vueſſa mercèd me manda, aunque no sè, para que ày neceſſidad de hazèr eſſas experiencias, pues yo veo con mis miſmos ojos, que no nos avèmos apartàdo de la ribera cinco varas, ni hèmos decantàdo de donde eſtàn las alemañas dos varas; porque allì eſtàn Rozinante, y el Ruzio en el propio lugar, que los dexàmos; y tomàda la mira, como yo la tomo aora, voto à tal, que no nos movèmos, ni andàmos al paſſo de una Hormiga. Haz, Sancho la averiguación que te hè dicho, y no te cures de otra; que tu no ſabes, que coſa ſeàn Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solſticios, Equinocios, Planetas, Signos, Puntos, Medidas, de que ſe compone la Eſfera Celeſte, y Terreſtre; que ſi todas eſtas coſas ſupieras, ô parte dellas, vièras claramènte, que de Paralelos hèmos cortado? Que de Signos viſto? Y que de imàgenes hèmos dexado

do

do atrás, y vamos dexando aora. Y tornote a dezir, que te tienes, y pesques, que yo para mi tengo, que estas mas limpio que un pliego de papel liso, y blanco. Tentose Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tiento hacia la corba izquierda, alçò la cabeza, y mirò a su amo, y dixo: O la experiencia es falsa, o no hemos llegado a donde vuestra merced dize ni con muchas leguas. Pues que, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aun algos respondiò Sancho, y sacudiendose los dedos, se lavò toda la mano en el Rio, por el qual sossegadamente se deslizava el barco por mitad de la corriente, fin que le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave.

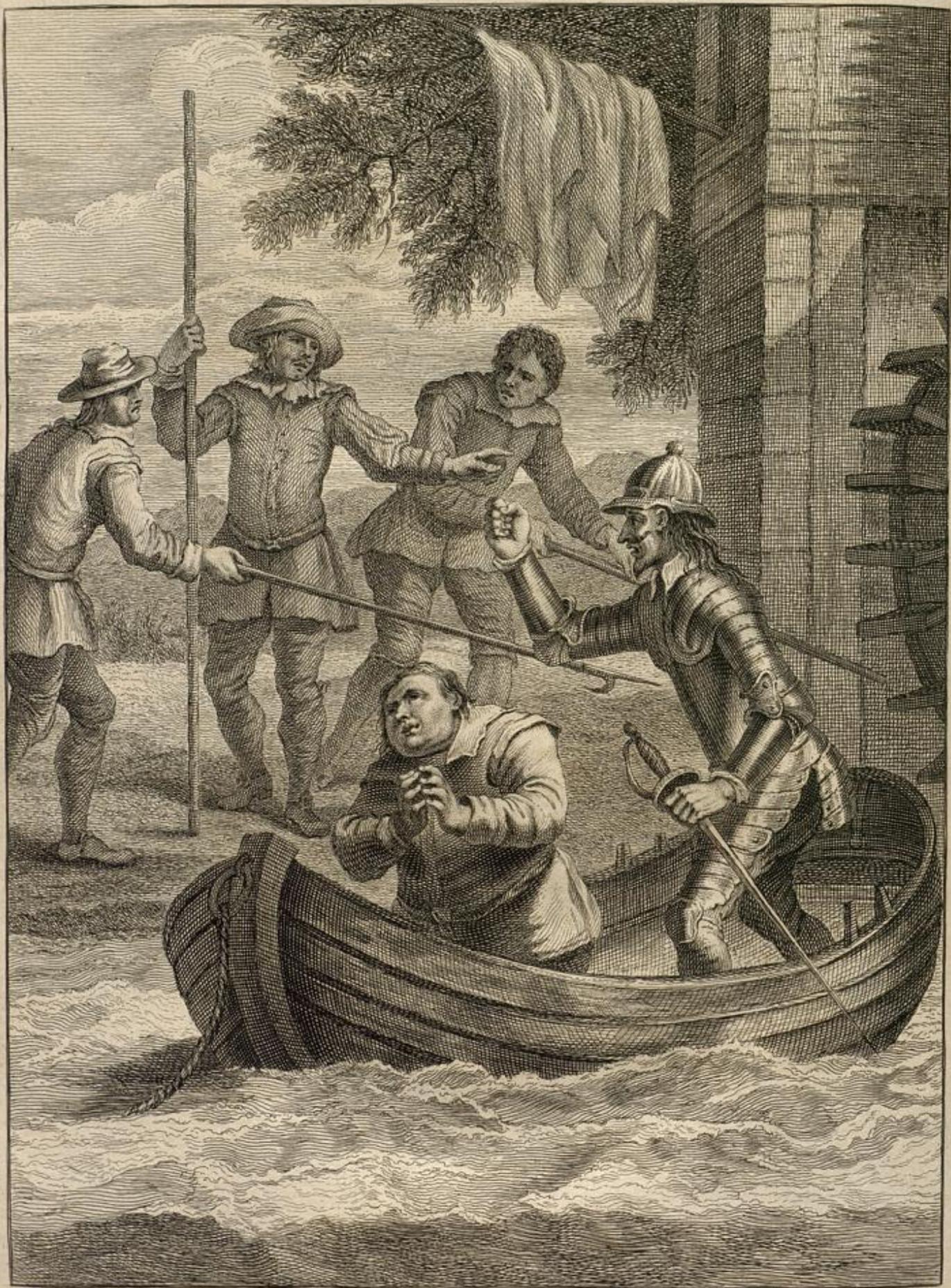
EN esto descubrièron unas grandes hazeñas, que en la mitad del Rio estavan, y apenas las huvò visto Don Quixote, quando con voz alta dixo a Sancho: Veès, allí, o amigo, se descubre la ciudad, castillo, o fortaleza, donde deve de estar algun Cavallero oprimido, o alguna Reyna, Infanta, o Princesa mal parada, para cuyo socorro soy aqui traydo. Que diablos de ciudad, fortaleza, o castillo, dize vuestra merced, Señor? dixo Sancho. No echa de ver, que aquellas son hazeñas, que estan en el Rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen hazeñas, no lo son; y ya te he dicho, que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los encantos: No quiero dezir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostrò la experiencia en la



transformacion de Dulcinèa, unico refugio de mis esperanças.

EN esto el barco entrado en la mitad de la Corriente del Rio, començò à caminar no tan lentamente como hasta allì. Los Molineros de las hazeñas, que vièron venir aquel barco por el Rio, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salièron con presteza muchos dellos con varas largas à detenerle, y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representavan una mala vista, y davan voces grandes, diziendo: Demonios de Hombres donde vays? Venys desesperados, que querèys ahogáros, y hazèros pedaços en estas ruedas? No te dixe yo, Sancho, dixo à esta fazon Don Quixote, que aviamos llegado donde hède mostràr, à dò llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines, y follones me salen al encuentro? Mira quantos Vestiglos se me opònen? Mira quantas feas cataduras nos hazen Cocos? Pues aora lo verèys, vellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces començò à amenaçar à los molineros, diziendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona que en essa vuestra fortaleza, ò prision tenèys oprimida, alta, ò baxa de qualquiera fuerte ò calidad que seà; que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones por otro nombre, à quien està reservado por orden de los altos Cielos el dàr fin felice à esta aventura: Y diziendo esto, echò mano à su espada, y començò à esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandèzes, se pufieron con sus varas à detener el barco, que
yà





*In.º Vanderbank invenit.
Vol. 3. p. 275.*

Claude du Bosc Fecit

yà iva entràndo en el raudàl, y canal de las ruèdas. Pù-
 sose Sancho de rodillas, pidièndo devotamènte al Cielo, le
 libràsse de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la in-
 dustria, y presteza de los molinèros, que oponièndose con
 sus palos al barco, le detuvièron, pero no de manera, que
 dexàssen de trastornàr el barco, y dàr con Don Quixote, y
 con Sancho al travès en el agua; pero vinole bien à Don
 Quixote, que sabìa nadàr como un ganso, aunque el peso
 de las armas le llevò al fondo dos vezes, y fino fuèra por
 los molinèros, que se arrojàron al agua, y los sacàron co-
 mo en peso à entrambos, allì avia sido Troya para los dos.

PUESTOS, pues, en tierra mas mojados, que muertos
 de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas, y los
 ojos clavados en el Cielo, pidió à Dios con una larga, y
 devota plegària le libràsse de allì adelante de los atrevidos
 deseos, y acometimiètos de su señoer. Llegaron en esto
 los pescadores dueños del barco, à quièn avian hecho pe-
 daços las ruèdas de las hazeñas, y vièndole roto, acome-
 tièron à desnudàr à Sancho, y à pedir à Don Quixote se lo
 pagàsse, el qual con gran sosiego (como si no huviera
 pasàdo nada por el) dixo à los molinèros, y pescadores,
 que el pagaria el barco de bonissima gana con condicion,
 que le dièssen libre, y sin cautela à la persona, ó perso-
 nas, que en aquel su castillo estavan oprimidas. Que per-
 sonas, ó que Castillo dizes, respondiò uno de los molinè-
 ros, hombre sin Juyzio? Quièreste llevàr por ventura las
 que viènen à moler trigo à estas hazeñas? Basta, dixo en-
 tre si Don Quixote: Aquí ferà predicàr en desierto querèr
 reduzìr à esta canalla à que por ruegos haga virtud algu-



na: Y en esta aventura se deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta; el uno me deparò el barco, y el otro diò conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es màquinas, y traças contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz, profiguiò, diziendo, y mirando à las hazeñas: Amigos qualesquiera que seays, que en esta prision quedays encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo facer de vuestra cuyta: Para otro Cavallero deve de estar guardada, y reservada esta aventura. En diziendo esto, se concertò con los pescadores, y pagò por el barco cinquenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diziendo: A dos barcadas como esta daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores, y molineros estavan admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acabavan de entender, à dò se encaminavan las razones, y preguntas que Don Quixote les dezia, y hazia; y teniendolos por locos, les dexaron, y se recogieron à sus hazeñas, y los pescadores à sus ranchos. Bolvièron à sus bestias, y à ser bestias Don Quixote, y Sancho: Y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

